

**Ladero Quesada, Miguel Ángel, *Persona y Mundo en la Edad Media. Algunos fundamentos de la cultura europea*, Madrid, Dykinson, 2023, 638 págs.
ISBN: 9788411706216**

Juan Manuel Carretero Zamora
Universidad Complutense de Madrid
e-mail: jmcarrret@ucm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0164-6009>

<https://dx.doi.org/10.5209/chmo.102848>

Medievo Omnipresente: a propósito de una reflexión global sobre los orígenes medievales de la civilización occidental.

Miembro de la denominada “Generación de 1968” de brillantes medievalistas formados en la universidad de Valladolid, el profesor Ladero constituye quizá el primer referente del medievalismo español actual por su ingente producción científica. Pero convendría revalorizar ahora su no menor trascendencia como docente y maestro de docentes; porque Ladero –como universitario– sólo es comprensible por la proyección de su investigación en las aulas universitarias. Este libro lo explicita de manera inequívoca. Ladero es un gran docente: puntual a primera hora de la mañana a la puerta del aula y, al mismo tiempo, sin reducción alguna de su carga docente, capaz de hacer frente a sus responsabilidades en la dirección de la Universidad Complutense. Otros tiempos, otros maestros.

Libro de difícil clasificación, pues en mi opinión no es ni un manual ni un repertorio temático selecto. Lo definiría como “obra de autor”, esto es, donde la temática no es la que condiciona y prefigura al libro, sino que es el autor el que construye y organiza las líneas de fuerza de su obra a partir de una idea, de una reflexión como corolario de su experiencia docente, de su actividad investigadora, de sus lecturas y de su personal concepción de la historia. En definitiva, el autor y su obra, que constituyen la mejor manifestación del principio jerárquico de la universidad: el saber; donde los maestros enseñan y los discípulos aprenden.

Tras 638 páginas, cientos de notas y miles de referencias, me atrevería a definir este libro –por los conocimientos que nos aporta y sus medidas reflexiones– como una catedral gótica: con sus cimacios (el individuo y la sociedad que se edifica en su entorno), con sus naves y capillas (nueve densísimos capítulos) y con sus campanarios que anuncian el legado del medievo, esto es, la idea de Europa y su cultura aneja (la cultura occidental de base cristiana).

Pero vayamos a los contenidos básicos de esta obra. La monografía se estructura a partir de una introducción sobre los espacios y tiempos medievales, nueve artículos, unas reflexiones conclusivas y una sugestiva propuesta cronológica, además de un completo repertorio bibliográfico final con más de 265 entradas, aunque si contabilizamos las notas que acompañan a cada capítulo el total ascendería a varios miles de referencias. Quizá convendría comenzar por el final, esto es, por la propuesta cronológica, con un total de 474 entradas. En mi opinión –aunque lastrada por una cierta visión modernista– no hubiera sido un exceso extender la cronología hasta mediados del Seiscientos. Para Ladero las raíces clásicas greco-romanas son indispensables para una

cabal comprensión del medievo; no casualmente en las primeras entradas cronológicas aparecen Platón, Aristóteles y Epicuro. Como tampoco es casual que cierren esa cronología hombres del mundo moderno con inequívocas adherencias medievales: Ficino, Nebrija, Erasmo, Moro, Castiglione o Maquiavelo.

Insisto en la cronología porque no es algo menor o baladí, en tanto no sólo sirve para acotar los tiempos históricos, sino que define una particular visión de la historia. Ello es evidente en la propuesta de Ladero al definir tanto las raíces (el mundo clásico greco-romano) como la proyección del mundo medieval a los tiempos modernos y contemporáneos como fundamento de la civilización occidental. Ello es relevante ante ciertas propuestas interesadas actuales (ancladas en el relativismo cultural y en ciertas concepciones adánicas y presentistas de la historia) que reducen la civilización europea al simple legado greco-helenístico edulcorado con ciertas propuestas tardo-ilustradas. En definitiva, el debate en torno a la posición central del cristianismo como esencia de la civilización europea, esto es, la occidental.

No casualmente, el proyecto de una Constitución europea naufragó en 2003 ante las reticencias a admitir al cristianismo, no sólo como creencia sino, sobre todo, como cosmovisión, en tanto génesis –junto con el legado greco-romano– de la cultura europea y sus decisivas aportaciones engendradas en el medievo: la secularización de la vida pública, la revalorización del individuo y su individualidad (la libertad), la universidad, la relectura del Derecho Romano, las nuevas relaciones económicas, el principio de representación política (asambleas y parlamentos), los primeros pasos hacia el estado moderno y tantos otros aspectos indispensables en nuestra actual vida cotidiana. Todo ello se encuentra nítidamente presente en la reflexión de Ladero.

En el primero de los capítulos (*Saber o Creer*) se subraya la madurez en el conocimiento que aportaron los grandes teólogos medievales, así como el análisis sobre el uso de la razón y el ejercicio de la memoria como fundamento de ese conocimiento y su transmisión. También la fe cristiana y la depuración de los textos bíblicos esenciales y la relevancia del Concilio de Nicea (325). El segundo capítulo (*Naturaleza. Cielos y Tierra*) está dedicado a la naturaleza que rodeaba al hombre, esto es, lo que en palabras de Tomás de Aquino era “el nombre del mundo”, con sus representaciones simbólicas (cosas, vegetales, animales, números, colores y la luz como principio de toda belleza), la naturaleza y sus leyes, la magnitud del Universo y la idea del mundo a partir de dos nociones básicas: luz y armonía. También la Tierra, con el debate sobre sus orígenes y su descripción física a partir inicialmente de tres continentes (Europa, Asia y África) y un enorme Océano exterior; una visión clásica que tendió a evolucionar con el incremento de los conocimientos geográficos durante los siglos XII a XV.

Siguiendo la concepción de la obra, Ladero dedica el capítulo tercero (*Criaturas de este mundo*) a los minerales y vegetales con sus descripciones a través de lapidarios y herbarios de gran tradición clásica, así como sobre los animales y su enorme riqueza simbólica (bestiarios), los monstruos y seres maravillosos y ocultos (hadas, duendes, etc.). Ladero concluye con una reflexión acerca de la belleza del cosmos, una herencia también clásica, aunque perfeccionada por el cristianismo, que tendió a asociarla con la belleza (Francisco de Asís y su *Cántico*). El capítulo cuarto (*Más allá y esoterismo*) se centra en el estudio de dos realidades contrarias, pero siempre paralelas: el conocimiento del más allá bien a la sombra del cristianismo, bien mediante el recurso a brujería, la magia y otros recursos propios del esoterismo. Ladero nos ofrece un apasionante viaje acompañado de ángeles, demonios, magos, adivinos, profecías y milagros, sin olvidar notables referencias a la astrología (Alfonso X de Castilla), la alquimia y los horóscopos y toda la literatura aneja (véanse las 135 notas de este capítulo). Todo este entramado era una realidad medieval, pero plenamente vigente en el mundo moderno (recuérdese a Erasmo y su famoso relato *El Naufragio*).

Los capítulos quinto a octavo constituyen una parte con entidad propia dentro del diseño que Ladero ha otorgado a su obra, en tanto está dedicada al hombre y la sociedad que crea y le rodea. Este conjunto, en mi opinión, es esencial para comprender el hilo conductor y objetivo final de este libro: el hombre como individuo y la construcción de la idea de individualidad (esto es, el hombre en libertad) en el seno de una sociedad con un conjunto de valores de todo tipo que se identifican con Europa y su civilización, esto es, la civilización occidental. El capítulo quinto (¿Qué

es el hombre?) inicia su análisis a partir del concepto de hombre-microcosmos (materia y espíritu) fundamento de su libertad y dignidad, con un minucioso análisis del concepto y evolución de la persona en el mundo medieval a partir de los intensos debates teológicos (Concilios, Agustín de Hipona, Boecio, Aquino), el cuerpo y el alma, esto es, la relación de lo material con lo inmaterial y espiritual, así como las facultades del alma, la resurrección y el cuerpo glorioso, etc. Son especialmente provechosas las páginas dedicadas a las Edades del Hombre y la posición de la mujer en el pensamiento de la época sin olvidar la “querrela de las mujeres” propia de los siglos XIV y XV. El capítulo sexto (*Persona y Sociedad*) constituye un ejemplo de excelente síntesis al abordar un tema tan complejo como las relaciones sociales en un mundo especialmente cambiante a partir de los siglos XII-XIII: ideología, poder, relaciones económicas (riqueza-pobreza), cultura, conflicto y estabilidad. También la jerarquía de las funciones sociales y sus recursos metafóricos vigentes casi hasta la víspera de la crisis del mundo moderno. Son de provechosa lectura las páginas dedicadas a la familia, al matrimonio, a la infancia y la juventud, la mujer y la vejez. Pero especialmente las dedicadas a la persona y a su individualidad, donde emerge uno de los fundamentos de la cultura europea y occidental: una “civilización del individuo” frente a concepciones holistas u orgánicas, donde el individuo apenas si trasciende de un sistema colectivo. Este capítulo consta de 207 notas con centenares de referencias bibliográficas.

Vicios y Virtudes. Pasiones y sentimientos es el tema desarrollado en el capítulo séptimo. Apoyado en el cristianismo, el hombre medieval tendió a resolver el eterno problema del mal, en tanto el objetivo final del hombre era la salvación. En este sentido, Ladero efectúa un análisis casi entomológico de los vicios y de los pecados: los vicios capitales, la confesión y la predicación, los pecados y los delitos. También las virtudes, siempre de raíz clásica perfeccionadas por el cristianismo; las pasiones y las emociones; los diferentes amores y la amistad. La violencia y los delitos y las penas, así como su tipología y tipificación dentro de los valores penales, singularmente los bajomedievales. Este conjunto de capítulos se completa con el dedicado a *El Cuerpo*. El cuerpo siempre concebido como complemento del alma, pero también con sus rasgos físicos personales, con las metáforas sobre sus órganos, singularmente la boca como puerta del alma y la risa como capacidad propia del hombre. La valoración del cuerpo, con sus tabúes, la sexualidad, la salud y la enfermedad (entre el rechazo, la caridad y la paciencia cristiana). La medicina como saber y la atractiva teoría de los humores, así como las supersticiones, la astrología, las curaciones milagrosas. La higiene corporal y las controversias acerca de la limpieza corporal, vigentes hasta la modernidad (recuérdense las prevenciones aún contenidas en el *Tesoro de la Lengua* de Covarrubias a comienzos del siglo XVII).

El noveno capítulo y último está dedicado a *El Tiempo*. El tiempo como realidad social y cultural, desde la concepción griega cíclica hasta la aportación del cristianismo, esto es, la historia lineal (desde la Creación hasta el Juicio y la Perfección de los Tiempos). Son páginas de enorme atractivo por la erudición y estructura del relato del autor, que nos analiza la sensibilidad del hombre medieval hacia la percepción del tiempo que tendió a incrementarse con la individualidad. También el tiempo rural, el señorial, el tiempo eclesiástico; la división del tiempo: año, meses, semanas, días y horas; días y noches, esto es, la luz y la verdad enfrentadas a la oscuridad y el sueño (la casi-muerte). Los relojes y sus mecanismos. La división de la historia en edades y sus criterios en función de las diversas perspectivas culturales y religiosas. Por último, desde luego, los milenarismos vinculados a las literaturas apocalípticas y la utilización política del mismo desde finales del siglo XIII.

La conclusión de este libro nos la propone el propio autor al final del mismo. En síntesis, la idea de Europa y de la trascendencia de su civilización aneja es deudora del mundo medieval, en tanto no sólo fue el nexo entre la cultura clásica y el mundo moderno y contemporáneo, sino un periodo con personalidad propia capaz de elaborar una propuesta original en la que se apoyaron experiencias decisivas en todos los ámbitos que perviven en la actualidad.

Desde la perspectiva del modernismo este estudio viene a confirmar algo obvio, pero no menos relevante: la Edad Moderna es inconcebible sin tener presente las aportaciones específicas del medioevo: monarquía y estado modernos, secularización del poder, prevalencia de la persona en su individualidad (esto es, el primer fundamento de la libertad), la expansión de los espacios

geográficos pre-dibujada en el mundo bajomedieval y tantos otros aspectos analizados en el estudio por Ladero. Esta influencia fue intensa, sobre todo, hasta mediado el siglo XVII, cuando no casualmente dos instituciones centrales surgidas en el medievo (la autoridad del pontificado y la relevancia política de emperador) quedaron preteridas en el nuevo diseño de Europa tras los tratados de Westfalia (1648). Pero sin olvidar que la cultura del medievo, como la lluvia fina y persistente, calará en todos los estratos temporales desde la modernidad hasta la época actual.

Concluyo. Obra que debe leerse con sosiego y sin prisas, aunque sin medida, en la seguridad de que no va a defraudar a nadie, sobre todo a quienes se acerquen a su lectura con mente abierta y libre de cualesquiera prejuicios. Imprescindible para poseer un sólido conocimiento sobre graves debates actuales, caso, entre otros, del papel de Europa y del futuro de la civilización a ella asociada, esto es, la occidental. Léase, pues, preferiblemente acompañada de cierto optimismo tomista.